Verano de Resurrección

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

"Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar. "
Antonio Machado

I

Es el último día del verano. En su cenit, los rayos del sol se derraman por las montañas, arrancando guiños y destellos de sus barrancos y cárcavas. Brezos y retamas extienden por doquier sus ramas resecas, esforzándose por sobrevivir hasta que las súbitas lluvias del otoño inunden la sierra.

En el Castillo reina el silencio. Construido sobre la chata cima de un otero, su muralla parece, simplemente, una prolongación del cerro y tan antigua como él. Ningún camino asciende por las laderas ni se abre puerta alguna en la muralla, tan sólida, que por el adarve, tres personas van caminando sin dificultad. Haciendo pantalla con la mano observan un punto que se acerca desde el norte. Los rostros lampiños, surcados de arrugas, observan con aparente indiferencia, pero el ligero estremecimiento que recorre, de tanto en tanto, sus alas plegadas, traiciona la impaciencia con la que aguardan.

Transcurre largo rato antes de que el punto se convierta en la silueta de un volador y más todavía, antes de que planee sobre el Castillo. Es un joven esbelto, de miembros largos y finos, que busca un lugar donde aterrizar, próximo a los ancianos, pero sin riesgo de que sus alas choquen contra las almenas. Su cuerpo desnudo es delicado, todavía no ha sido curtido por el viento y las inclemencias. Probablemente se trata de un polluelo, nacido de la nidada del verano anterior. Cuando se posa, con mas torpeza que gracia, en el camino de ronda, los ancianos se apresuran hacia él. Después de intercambiar algunas palabras, el recién llegado les ve alzar el vuelo con envidiable facilidad.

Les sigue con la mirada mientras describen círculos, ganando altura hacia la altísima calahorra que domina el patio de armas. Un castillo dentro del Castillo, tan espléndida que empequeñece todo a su alrededor.

Aterrizan casi en la cumbre, en la plataforma exterior y avanzan por el túnel abierto en los gruesos muros. A los tres les estremece un escalofrío que no saben si achacar a la fresca penumbra en la que se adentran o al mensaje del que son portadores. Es un mensaje sencillo, aparentemente

trivial, pero su autentico y terrible significado no se les escapa. Saben que están allí para dar inicio a un ritual de muerte y renovación y la pena se les enrosca a la garganta.

El túnel desemboca en una sala amplia, tan austera como una celda. La luz penetra por media docena de saeteras e ilumina una gran mesa construida con la misma roca que la torre: La Mesa de Piedra. Los tres se quedan fascinados por un instante ante el poder que parece emanar de esa masa de piedra inánime. ¡Los juglares la cantan en un millar de romances! Ellos mismos son protagonistas de algunos, pero el gran héroe de esas historias es Gemarr. El mismo Gemarr que les observa desde un escritorio colocado en un extremo, bajo el cono de luz de una de las saeteras.

Su edad es indefinible. Su cuerpo se ha curtido sin perder la tersura, dando a la piel el color del cuero viejo. Las alas, enormes incluso plegadas, alzándose mucho por encima de su cabeza pelada, intimidan a quien no conozca la bondad que anida en su corazón. Los tres ancianos hincan la rodilla derecha, el puño cerrado se apoya en las losas, el brazo izquierdo cruzado sobre el muslo. La vista baja, las alas recogidas, pero tensas, listas para arrancar del suelo a su dueño.

—Alzaos queridos amigos. Dejemos esas maneras para momentos más solemnes —la voz suena verdaderamente desenfadada.

—No hemos vivido momento más solemne que este, Gemarr, y no lo viviremos —dice uno de ellos, mientras se ponen lentamente en pie.

—Te traemos un mensaje —añade un segundo—, y aunque sabemos que lo aguardas hace tiempo, puedo asegurar que jamas hubiéramos deseado ser sus portadores.

Gemarr asiente con un cabeceo mientras una sonrisa se dibuja en sus labios e interroga con la mirada.

Las alas del tercer volador se estremecen, devuelve la mirada a Gemarr, toma aire y se decide:

—Acaba de llegar un mensajero procedente del Barranco del Nacimiento: el primer capullo está a punto de abrirse. Ya debe estar abierto, en realidad. —Las últimas palabras las pronuncia mirando al suelo.

La alegría brilla en los ojos de Gemarr.

—Por favor, queridos compañeros de tantas fatigas, desterrad la pena. Mi círculo está a punto de cerrarse y nada hay de malo en ello. Confío en vosotros para que os encarguéis de todos los preparativos. Ahora, permitid que yo ultime los míos.

Los ancianos se retiran con reverencia por el túnel. Gemarr vuelve a su trabajo. Abre el grueso tomo de piel que reposa sobre el escritorio y recorre con suavidad las páginas de pergamino, escritas por muchas manos, hasta llegar a la primera hoja vacía. Moja la pluma y comienza a escribir.

II

He disfrutado de una larga vida que he dedicado a guiar a mi pueblo, con la poca sabiduría que los auténticos sabios lograron inculcarme. Muchas han sido, en verdad, las satisfacciones de esta empresa, pero mentiría si os dijera que no ansío el arribo de mi sucesor.

Nada me resta por hacer, salvo cerrar mi capítulo en el Libro, como cerraron el suyo mis predecesores. Ojalá, estas páginas le sean a mi sucesor de tanta ayuda, como las anteriores lo fueron para mí. ¡Ojalá!

El final del verano se acercaba. No era un verano cualquiera: meses antes, la noche del solsticio se iluminó súbitamente. Una estrella había explotado y su agonía disipó las tinieblas. De luna a luna, no hubo diferencia entre la noche y el día.

En el Castillo todos sabíamos lo que eso significaba: Verano de Resurrección. La excitación entre los jóvenes aspirantes llegó al paroxismo. Con la agilidad que nos proporcionaba nuestro cuerpo diminuto, la cola prensil y los largos y poderosos brazos, volvíamos locos a nuestros Maestros. Recorríamos el adarve en todas direcciones, no había almena desde la que no saltáramos, ni torreón al que no trepáramos. Y nuestro cuchicheo frenético electrizaba el aire: ¡Verano de Resurrección! ¡Verano de Resurrección! ¡Verano de Resurrección! ¡Verano de Resurrección!...

Por fin, los Maestros, sacudieron las alas y elevaron sus cuerpos, largos y esbeltos, ¡tan distintos a los nuestros!, hasta la altísima calahorra en la que el anciano Gemarr, el sabio Gemarr, el inmortal Gemarr... esperaba la muerte. Este les sonrió con afecto cuando, aturdidos, manifestaron su incapacidad para controlar a los aspirantes que parecían haber enloquecido en aquel verano sin noches. Solo Gemarr recordaba otro Verano de Resurrección. Todos sus hermanos de nidada, todos sus compañeros aspirantes, ya habían perecido. Solo quedaba Gemarr, esperando, verano tras verano, a que el estallido de una nova, la noche del solsticio, anunciara el final de su misión. Tal y como estaba escrito. Tal y como siempre había sido. Tal y como siempre sería.

Cuando se corrió la voz, un nuevo soniquete reverberó en los muros del Castillo: ¡Viene Gemarr!, ¡Viene Gemarr!, ¡Viene Gemarr!... y nuestra excitación se trocó en una ansiedad, no exenta de temor. Como respondiendo a una orden no dictada, nos reunimos en el gran patio de armas. Atardecía, la luz del sol poniente lo llenaba todo de sombras alargadas. De los abismos que bordeaban el Castillo brotaban corrientes de aire tibio, potentes columnas térmicas que los Maestros aprovechaban para planear con suavidad. Despejamos un gran circulo central en el que Gemarr se posó con tal delicadeza que todos dejamos escapar un suspiro de admiración. Ninguno de los Maestros podía igualarle.

Desnudo, con las alas desplegadas, giró en medio de aquel circulo una y otra vez, en un baile hipnótico. El crepúsculo arrancaba luces y sombras de su cuerpo dorado y terso, curtido por el viento. Los aspirantes permanecíamos acuclillados y en silencio, presos de un temor reverencial. Eramos varios miles, nuestros cuerpecillos, peludos y feos, apretujados hombro con hombro, llenaban la inmensa plaza. Nos abrazábamos las piernas para evitar que las rodillas entrechocaran, mientras los ojos dorados de Gemarr parecían inspeccionarnos, a todos y cada uno de nosotros. Giraba y giraba, las enormes alas desplegadas pasaban sobre nuestras cabezas, y su mirada se cruzaba con las nuestras. Cuando sus pupilas se clavaron en las mías sentí un estremecimiento. De aquellos pozos dorados surgió un mensaje de dolor, ánimo, amistad, reconocimiento, que apenas si fui capaz de interpretar. Pero tuve la certeza de que ninguno de mis hermanos había sentido nada igual.

No sé el tiempo que permanecimos allí, hipnotizados, viendo danzar a Gemarr. El tiempo había dejado de existir para nosotros. El sol parecía colgado en mitad del crepúsculo, como si también él, soñara con alcanzar semejante Gracia.

Al fin se detuvo y clavó la mirada en mí, aunque nadie pareció percibirlo. Habló sin gritar, pero su voz clara se oyó sin dificultad en los extremos mas alejados de la plaza.

—Habéis llegado hasta aquí con un sueño: convertiros en voladores. Transmutar vuestro ser original, dejar atrás las limitaciones, hurtar vuestros cuerpos a la gravedad y gozar del cielo. Soñáis con subir a la alta atmósfera, donde el cielo se ennegrece y cuesta respirar y desde allí, ver los continentes y los mares, vencer el horizonte y planear... y planear... hasta que las alas os duelan. Ese sueño os hace olvidar el precio: dentro

de poco, los maestros os llevarán al Barranco del Nacimiento. Allí permaneceréis, convertidos en crisálidas, madurando al sol, hasta que la metamorfosis se complete. La espera es larga y angustiosa. Y dolorosa, un dolor como no habéis conocido y nunca mas conoceréis. Siempre conscientes, esperando a que el sol, por fin, rasgue el capullo y su luz alumbre vuestro nacimiento. Pero eso no ocurrirá para todos. Para algunos, el capullo nunca se abrirá y el mismo sol que dará la vida a unos, se la arrebatará a otros. Nadie os puede ayudar, la crisálida debe abrirse por si misma, está escrito. Y si alguien infringe esta ley, si alguien intenta salvar a un hermano, será la perdición de ambos. —Gemarr calló unos instantes y todos contuvimos la respiración para no romper el silencio que sobrevino. Solo cuando continuo nos atrevimos a exhalar, aliviados.

—Pero todo esto ya lo sabéis. Vuestros Maestros me han traído aquí para que os hable del Verano de Resurrección y eso es lo que estáis esperando. —Gemarr recogió sus alas e hincó una rodilla. Aun así, era dos veces más alto que el más alto de nosotros. Su voz adquirió un matiz de confidencia, de secreto revelado, pero siguió escuchándosele en lo más recóndito de la plaza.

—En el Verano de Resurrección, el primero que culmine la metamorfosis, tendrá un destino muy especial, un destino grandioso y horrible, a la vez. Nadie puede desear algo mejor... ni peor. —Y sus ojos dorados seguían clavados en mí, ahora con más intensidad que nunca. Su voz perdió la claridad cristalina, cargándose de emoción.

—Ese de entre vosotros que primero despliegue las alas, será el elegido para una gran misión.

Su mirada se tornó de un rojo llameante y no pude sostenerla por mas tiempo. Cuando abrí de nuevo los ojos, Gemarr ya volaba a gran altura, en dirección a su torre.

Pocos días después nos llevaron al Barranco del Nacimiento. Era un lugar bello. Un cañón anchuroso, recorrido por un arroyo y cerrado por altos riscos. Cada uno eligió su nido con extremo cuidado: si recibíamos demasiada insolación nos abrasaríamos; si los riscos nos hacían demasiada sombra, nos faltaría energía para madurar. El que hiciera la elección perfecta, sería el primero en nacer.

Al ver un rayo de luz que entraba por una brecha en la pared de levante e iluminaba una roca en mitad del arroyo, supe que aquel era el sitio exacto. Los Maestros tejieron los capullos a nuestro alrededor y se retiraron.

La espera fue tan larga y angustiosa como nos había prometido Gemarr. Y tan dolorosa. Tuve mucho tiempo para pensar en aquella extraña tarde, viendo a Gemarr danzando en medio de nosotros. Cuanto más recordaba sus palabras más convencido estaba de que hablaba para mí y solo para mí. Esa convicción alivió mi espera dándome la seguridad de que yo vería la luz y que lo haría antes que ninguno de mis hermanos. En el resto de la nidada, a los dolores de la transformación se unía la incertidumbre, el terror de que el capullo no se abriera. Por desgracia en muchos casos ese terror se convertiría en una fatídica realidad.

Pero la oscuridad se prolongaba, era imposible tener ninguna noción del paso del tiempo. La única evidencia de su transcurrir era el dolor: dolor de miembros que crecían hasta desgarrar los tendones, dolor de músculos que se secaban y desprendían para ser sustituidos por otros, destinados a nuevos fines, dolor de vértebras que se acomodaban para soportar las alas, dolor lacerante, una quemazón infinita, en esas alas, creciendo rápidamente. ¿Serviría para algo tanto dolor?. Al final, también la duda hizo mella en mi. Me burlé de mí mismo y de mi fatuidad. Intenté convencerme de que la mirada de Gemarr fue tan solo una ilusión. Pero no lo logré. Recordaba aquellos ojos dorados, clavados en mi y sabía que no había sido sueño. Sin embargo, nada había en esa mirada, ni en las palabras de Gemarr, que garantizara que yo era el elegido. Ni siquiera que completaría la metamorfosis.

Me debatía en la oscuridad y en la incertidumbre cuando el capullo se rasgó con un chasquido, inundándose de luz. Y entonces nací. Mis alas batieron el aire y me elevé sobre el arroyuelo. Vacilante, describí círculos cada vez más amplios, acercándome peligrosamente a las paredes del cañón. Buscaba, tal y como nos habían explicado los Maestros, las corrientes térmicas que me llevarían arriba, muy arriba, donde el aire es tenue, los miembros se vuelven azules y el sol ilumina el abismo bajo mis alas.

Desde allí arriba vi, en el fondo del abismo, a mis hermanos, primero unos pocos, probando con dificultad sus alas, como yo mismo acababa de hacer. Enseguida se les unieron algunos centenares y poco después todo el Cañón del Nacimiento era un hervidero de miles y miles de jóvenes voladores, torpes y felices, que con escasa destreza buscaban las corrientes cálidas que les permitieran salvar los riscos.

Miré por encima y a mí alrededor. Ningún volador me acompañaba, todos luchaban con sus alas allá abajo. Ya no tenía ninguna duda, pero, con esta convicción, llegó también la luz de cual era la terrible misión a la que Gemarr me había destinado. Abrumado por el conocimiento, rompí en sollozos. El viento arrastraba las lagrimas hacia mis labios y sentí su sabor amargo.

No tardé en divisar el Castillo. La calahorra se erguía por encima de las murallas, llamándome. Sabía que el viejo Gemarr me estaba esperando.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, ya no queda nadie de aquella nidada. Ahora soy yo, Gemarr, el que espera.

III

Gemarr deja de escribir y alza la cabeza. Oye un rumor de aleteo y luego el golpe sordo de un aterrizaje, no demasiado perfecto, en la plataforma. «¿Otro mensajero?» se pregunta.

—Gemarr... —la voz le llama a través del túnel. Una voz joven y asustada.

Gemarr sonríe. «No, no es un mensajero», piensa. Moja por última vez la pluma y escribe: «Ya estás aquí. No temas tu destino.».

Cierra el Libro con precaución y toma de encima del escritorio una pesada espada. Con las alas recogidas, camina erguido al encuentro de su visitante, que le espera en la plataforma exterior. Es un polluelo, recién salido del capullo, la piel fina, casi translúcida, las alas tiernas. La barbilla le tiembla mientras las lagrimas corren sin freno por sus mejillas. Intenta decir algo pero le falla la voz. Gemarr le pone la mano en el hombro y parece tranquilizarse.

Sobre ellos cruza una sombra. Alzan la cabeza: los Maestros ya planean por encima de la torre.

—Ha llegado el momento —dice Gemarr y entrega la espada al polluelo.

—¿Qué ocurrirá después?

—No te preocupes. Sigue tu instinto, el mismo que te ha traído hasta aquí.

Gemarr se arrodilla en el borde de la plataforma y estira el cuello, mirando al abismo, las alas cuidadosamente recogidas sobre la espalda. El joven alza la espada y, sin titubear, lo decapita de un solo tajo. Los restos de Gemarr caen al vacío pero antes de que se estrellen contra las losas del patio, un grupo de voladores los captura y se alejan volando hacia levante. Otros voladores, los más ancianos, aterrizan en la plataforma e

hincan la rodilla derecha ante el joven. El nuevo Gemarr recoge su homenaje con humildad.

Gemarr, el inmortal, ha resucitado.